

CASAS

X APAREADAS

Montserrat Valls Giner
Juan Genovés Timoner



CASAS ~~A~~ PAREADAS



INTRIGA

Casas ~~A~~pareadas

© Montserrat Valls y Juan Genovés, 2021

Primera edición: noviembre de 2021 – Tab Editing

© del diseño de la portada, Montserrat Valls y Juan Genovés, 2021 a partir de las ilustraciones:

© Calle en barrio residencial con casas por la noche por Upklyak - www.freepik.es

© Conjunto de perro pequeño feliz. Lindo perrito divertido practicando diferentes actividades, cazando, jugando, comiendo, durmiendo. Vector gratuito creado por pch.vector - www.freepik.es

ISBN: 9798791435910

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Tab Editing

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Tab Editing a través de la web www.montsevalls.eu o por email en info@montsevalls.eu

Tab Editing es un sello editorial de Montse Valls y Juan Genovés

08025 - Barcelona (info@montsevalls.eu)

<https://www.montsevalls.eu>

Síguenos en:

<https://www.facebook.com/Libros.Tab.Editing>

<https://www.montsevalls.eu>

Tab Editing



CASAS ~~A~~ PAREADAS

**Montserrat Valls Giner
Juan Genovés Timoner**

*Dedicado a todos aquellos a los que les gusta escribir y que desearían ver su obra
publicada.*

NOTA DE LOS AUTORES

Queremos decirles que toda esta obra es completamente de ficción... La mayoría de las cosas son producto de nuestra imaginación, pero estamos seguros de que algunas pueden resultarles familiares.

A lo largo de algunos años, nos hemos relacionado con diversas editoriales, editores y agentes literarios, queremos darles las gracias a todos, ya que sin su concurso no estaríamos aquí. Sin ellos, esta obra jamás se hubiera escrito.

UNO

Las casas apareadas son todas iguales. Si las miramos desde las alturas así lo parece, pero si nos acercamos, todas son distintas.

Las diferencias son imperceptibles para la mayoría. Pero si nos fijamos, esas casitas blancas, todas pegadas como si escucharan tras las paredes, nos acaban descubriendo quien las habita.

Laura entra en la casa llevando su última caja de libros. Ahora se arrepiente de haberse ido de la ciudad pero no se lo puede decir a su marido, tras haber insistido durante dos años en que quería tranquilidad.

Cuando ella vino a ver por primera vez la casa era de día. Pululaban personas por la calle charlando, jóvenes con patinete a toda velocidad, ancianos con la compra. Pero ahora, de noche, esas casitas blancas daban escalofríos.

Claude había ido a pasear a Chas. Su perro miniatura, como lo llamaba él. Decidieron adoptar un perro muy pequeño para poder viajar con facilidad en avión.

Laura sale a la calle para buscarlos. La poca luz hace el silencio aún más terrible. Su orientación es nula pero como las calles llevan nombres de pintores va fijándose en los números y nombres para no perderse. Sólo se oyen sus tacones a medida que se aleja de la calle Klimt nº 13, la casita que han comprado.

De repente una de las farolas se apaga.

Laura empieza a respirar agitadamente a la vez que intenta gritar:

—¡Chas, Claude!

Al no recibir respuesta mira en su bolsillo para coger el teléfono y llamarle. No hay señal.

Sigue caminando, ahora ya aterrorizada, pensando en su ciudad que a estas horas estaría llena de gente para ayudarla. Aquí, ni un alma.

Decide volver a casa pero entonces se desorienta. Siempre le pasa cuando se pone nerviosa. Pierde la orientación pero suele llegar a los

sitios por su memoria fotográfica. Aquí es imposible porque todas las casas son iguales, las calles, los números.

Una serie de casas aparecen como enemigos disfrazados y no la ayudan a volver. Todo lo contrario, la engullen en un nerviosismo inexplicable. Al fin y al cabo son hileras de casitas, no un barrio peligroso.

Una mano con olor a perfume le roza la espalda.

Laura siente que el corazón se le detendrá en aquel mismo momento. No se atreve ni a girarse. Cuando te aterrorizas te quedas petrificado esperando que haya una señal de que aquello no está sucediendo.

De repente, alguien habla detrás de esa mano y Laura vuelve a recuperar la respiración.

—Disculpe ¿se ha perdido? ¿Puedo ayudarla?

Laura observa a la mujer anciana pero atractiva que la sonrío con aire interrogante.

—¡Oh sí, perdone! Estaba buscando a mi marido. Ha salido a pasear a nuestro perro y al ser la primera noche aquí, me temo que me he desorientado.

—Es fácil, no se avergüence, a todos nos ha pasado el primer día sobre todo si llegamos de noche.

—¿Me puede acompañar? Soy incapaz de ver ni siquiera el nombre de las calles.

—¡Claro que sí! ¿En qué calle vive?

—Klimt n° 13.

—Estamos cerca. Yo vivo en la de al lado, en la de Durero.

La anciana empieza a andar de manera ligera sin esperarla. Laura la sigue con dificultad, sorprendiéndose de la buena forma física de su vecina.

De camino ven a Claude distraído mirando la luna y Chas que está olisqueando unas rosas.

—Creo que ya hemos encontrado a los fugados —la anciana toca el hombro de ella tranquilizándola.

Laura se acerca corriendo a su marido y Chas se lanza saltando a sus piernas con alegría.

—¿No estabas deshaciendo cajas?

—Estaba harta ya. Me he perdido. Pero esta señora me ha ayudado. Perdone, soy una maleducada ¿cómo se llama?

—Alma. Vivo en la calle de al lado de ustedes. Me alegro de conocerles. Esto en invierno está muy solitario por las noches.

CASAS APAREADAS

Claude saluda a la anciana estrechándole la mano. Chas la olisquea.

Laura se despide de la mujer agradeciéndole de nuevo su atención. Luego coge a Chas en brazos y se dirige al interior de la casa junto a Claude.

La farola estropeada vuelve a funcionar. Una polilla se siente atraída por la luz y baila alrededor.

DOS

Alma, después de dejar a la nueva pareja, pasea un poco en la penumbra. Enciende un cigarrillo bajando por su calle muy lentamente, de esta manera podrá terminar de fumar sin que su marido la pille.

Dejó de fumar hace dos años pero lo sucedido últimamente la ha hecho recaer.

Si su marido lo supiera la mataría. Se dejaron dinero en psiquiatras, psicólogos y, al final, uno que realizaba hipnosis la ayudó. Alma había tenido enfisema pulmonar y si seguía fumando le dijeron que un cáncer la fulminaría.

Pero no podía evitarlo. Cuando encendía el cigarrillo se calmaba.

De repente observa que al final de la calle la está esperando su marido Glenn. Ella, rápida de reflejos, apaga el cigarrillo en una pared.

Glenn se aproxima a ella en la oscuridad sonriendo.

—¿Dónde estabas? Estaba ya padeciendo.

—Haberme llamado.

—Ya sabes que en esta urbanización casi nunca hay cobertura.

—Estaba acompañando a una joven que se había perdido. Parece que se han mudado aquí. Tienen un perro pequeñito y ella parece muy despistada.

—Bárbara está en casa. Te ha traído una nueva novela.

—¿A estas horas?

—Tú la animaste. Eres agente literaria y le dijiste que escribía bien.

—Se lo dije porque cobro por leer.

—¿Quieres decir que no es buena?

—No lo sé. Ya no sé lo que es bueno ni malo Glenn. Estoy harta de historias y más historias. Todas me parecen iguales.

—Déjalo.

—No podemos. Tú eres editor y todas tus novelas han sido un desastre comercial.

—Cierto.

—Ánimo, vamos a ver a Bárbara. ¿La has dejado sola en casa?

—¿Por qué no? Cuando llegó le dije que no estabas y salí a buscarte. No nos va a robar la vajilla.

Glenn coge dulcemente por los hombros a Alma y le parece oler a tabaco.

—¿Has fumado?

—No, la mujer que acompañé a su casa estaba fumando. Supongo que es lo que hueles.

—Me lo prometiste...

—Confía en mí, Glenn.

Su tono es bajo. Se siente culpable y decide por enésima vez no volver a fumar.

Entran en la casa y encuentran a Bárbara mirando la tele. En sus manos hay unas hojas. Alma les exige a sus escritores que le traigan o envíen sus novelas en papel. Odia el ordenador aunque Glenn siempre la esté criticando por eso. Es su rebeldía a ir contra los tiempos que corren.

—¡Hola Bárbara, querida!

Alma ha cambiado la cara y el tono. Se muestra alegre y pizpireta con la joven que la ayudará con el dinero del mes.

La joven, con sus 29 años cumplidos aún tiene esperanza de triunfar. Cree que es una gran escritora y Alma desde su larga experiencia sabe que es mediocre.

Glenn les sirve bebidas a las dos y se retira a su despacho.

Bárbara le deja las hojas de su novela más reciente y Alma da dos sorbos de Vodka antes de contestarle alguna tontería a la joven esperanzada.

—Original título: “La calma antes de la tempestad”.

—¿Te gusta, Alma?

—Sí, tiene fuerza.

—¿Sabes? Estoy muy contenta de haberte conocido. Cuando llegué aquí estaba harta de que nadie me hiciese caso con mi escritura. Fue una suerte conocernos. Al escribirte y decirme que vivías aquí no me lo podía creer.

—Sí, fue maravilloso. Además ahora somos amigas.

Alma oye a su marido en el ordenador y sigue hojeando la novela de Bárbara. Está mejor escrita que la primera, de eso no cabe duda. Incluso parece que la haya escrito otra persona.

CASAS * PAREADAS

—Bueno, te dejo tranquila. Quería invitaros a cenar mañana. Marc hará uno de sus risottos.

—Nos encantará ir, Bárbara.

—Creo que ha llegado una pareja nueva ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Al salir a pasear a Max se cruzó con un perrito llamado Chas. Su dueño me comentó que acababa de mudarse con su mujer. Es muy atractivo.

—Sí, me lo pareció, hace un rato le conocí. Se parece a Robert Redford cuando era joven.

—¿Dices que les conociste? ¿Cómo es ella?

—Despistada. Insegura. Pero preciosa.

—Vaya, no tengo esperanzas pues.

Bárbara se dirige a la puerta, no sin antes preguntar a Alma.

—¿Les invito también a la cena?

—No veo porque no. Si es tan preciosa...

El que contesta es Glenn que la acompaña a la puerta para abrirla.

—Tú siempre de broma Glenn.

—A mis 70 años ya sólo me quedan mis libros y mi sentido del humor.

Alma se levanta y deja las hojas de la novela en una mesa de caoba. Se une a ellos para despedir a Bárbara. Al abrir observan que está empezando a nevar.

—Es una ventaja vivir tan cerca. ¡Mira, tu marido!

Glenn se adelanta a saludar a Marc. Ha venido a buscar a Bárbara con un paraguas. Alma le saluda y le agradece la cena de mañana.

—Hasta mañana pues, pareja ¡Buenas noches!

Alma se queda mirándoles envidiándoles su juventud. Esos años en que tienes tiempo de equivocarte, acertar, volver a equivocarte y cambiar. O no.

Glenn y su mujer cierran la puerta.

Afuera el silencio es sepulcral. El roce de los primeros copos de nieve con las hojas de los árboles hace que quede evidente la llegada del invierno.

Una época en que la urbanización queda desierta.

TRES

Bárbara llega cabreada a casa. Max, su perro, la recibe contento sin sospechar que ella llega con mal humor. Marc, aunque está leyendo un libro en la sala de estar, solamente con oír el golpe de las llaves y el portazo ya se da cuenta de que Alma no le ha dado buenas noticias.

Ella le tira la pelota a Max mientras deja su abrigo de cualquier manera y empieza a chillar. Marc no le dice nada para no soliviantarla más, pero cree que en estas casas las paredes espían con un apetito voraz.

—¡Odio a esa mujer! ¡Y también le odio a él!

—¿A quién?

—A Alma, Glenn. ¿A quién va a ser?

Marc abandona la lectura pues si a ella le parece que él no la escucha acabará pagando el pato. Ella se sienta a su lado y se tranquiliza, acariciando a Max que ya ha subido al sofá con su hueso preferido.

—Me ha dicho que le gusta el título de mi última novela.

—Eso es bueno ¿no?

—¡No! Si vieras la condescendencia con que me ha tratado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues está claro. Quiero que esta vez me lo editen en papel. Que lo haga Glenn en su editorial y que la promocionen.

—Entiendo, con el éxito del electrónico no podemos vivir.

—¿Estás de coña?

—Perdona. Pero hay algo que te alegrará. No eres la única que has ganado mierda con el digital. Aquella chica a la que llamaste que había publicado con “New Jersey”, ha llamado mientras estabas fuera. Tampoco ha ganado nada.

—Eso anima sí. Mañana la llamaré, hoy ya es muy tarde.

—A ver Bárbara. Te ganas la vida como psicoanalista y eres muy buena. Tus pacientes te adoran. No necesitas ni a Glenn ni a su mujer.

—Tienes razón. ¿Dejo de escribir?

—No, en absoluto, escribe para divertirte. No para ganar dinero. Esto de los libros es una mafia. Te lo digo yo, que mi mundo laboral también lo es.

—Pero me cabrea. Esa editorial nos hace un contrato de siete años con la versión electrónica y no ganamos nada.

—Dos euros al mes.

—Exacto. Nada. No lo promocionan y encima renuevan el contrato por otros siete años, automáticamente y sin preguntarnos siquiera.

—Podrías negarte. Es ilegal.

—Lo sé. Pero así me sirve de entrada para hablar con personas como Alma.

—Eso sí. En fin, mañana cuando hables con Arantxa a lo mejor te enteras de porque una editorial tan importante te coge y luego ni te promociona ni te dice por ahí te pudras.

—Cierto, no me voy a comer el coco. Mañana hablo con esa chica.

De repente suena el timbre. Los dos se sorprenden y Max despierta al momento bajando corriendo del sofá para ladrarle a la puerta.

Marc acompaña a Max y abre viendo antes por la mirilla que es una mujer con un perrito pequeño acompañado de un hombre rubio.

Al abrir, Bárbara se pone a su lado.

—Buenas noches, perdonad que os molestemos. Hemos oído voces y como esto parece un desierto nos hemos arriesgado a venir. Me llamo Laura y él es mi marido Claude.

—No molestáis en absoluto. Además ya nos saludamos esta mañana cuando estábamos paseando a los perros. Yo me llamo Marc y ella es mi mujer Bárbara.

La mujer se dirige a ellos acariciando al perro. Se dan la mano los hombres y besos las mujeres. Los perros se olisquean para conocerse más.

—Veréis, a lo mejor es una tontería pero quería preguntaros si esta urbanización es segura pues nos han dicho que hasta mañana no nos pueden poner la alarma.

—¿Segura? ¡Por supuesto! Aquí nunca pasa nada y menos en invierno.

—Nos dejáis tranquilos, pues donde vivíamos era muy peligroso.

—Aquí, sinceramente, os aburriréis.

—Es lo que buscamos. Gracias, no queremos molestaros más.

—No molestáis. Al contrario, quería invitaros a cenar el miércoles.

CASAS APAREADAS

—Perfecto. ¿Podemos traer a Chas?

Bárbara se ríe y por toda contestación mira como los perros juegan divertidos.

Unos minutos después Marc y Bárbara empiezan a preparar la cena. Marc recibe una llamada al móvil, pero la rechaza y acto seguido bloquea el contacto.

—¿Quién era?

—Nadie, se habrán equivocado.

Bárbara le tiende la cuchara llena de salsa a su marido para que la pruebe. Una gota roja cae en el blanco suelo. Max la lame y desaparece todo rastro.

CUATRO

Arantxa es filóloga. Desde pequeña le atraía el mundo de las palabras. Las letras eran y son su vida.

Vive en Nueva York y da clases en la facultad. Por las mañanas traduce libros. Su padre es vasco y su madre es bostoniana. Una mezcla extraña, como decía su hermano Ken.

Este invierno sus padres se habían ido a España para ver a los abuelos. Su hermano estaba en Roma escribiendo su blog de viajes.

Ella estaba sola y aburrida por lo cual cuando recibió la llamada de aquella escritora llamada Bárbara se acordó de su primera novela. Ya se había olvidado de ella.

Ken también escribió otra novela en aquellos tiempos. El poco éxito le defraudó tanto que no quería volver a escribir. Arantxa en cambio hacía su segunda novela actualmente, pero esta vez sólo en papel. Estaba harta de que se copiaran su trabajo a nivel digital. Ya no le importaba vender o no. Le importaba que su trabajo no fuera copiado y tratado como basura.

Ve nevar desde su ventana, al tiempo que escribe en su mesa de cristal.

Su amigo Bruce, la había llamado hacía una hora para ir a patinar el martes pero le dio una excusa, ya que le apetecía más ir al campo para conocer a esa escritora llamada Bárbara.

Bruce era cariñoso y atento pero, en los planes de ella, no estaba casarse. 25 años son demasiado pocos para comprometerse. Por eso a veces se mostraba fría, para no darle ilusiones.

Miró en el ordenador el título de su nueva novela: “Palíndromo”.

Su hermano le había dicho que nadie compraría el libro con ese título, pero a ella no le importó.

Su primera novela fue de desamor. La historia de dos lesbianas que dejan de quererse. Sin ningún motivo ni causa importante. Un día se despiertan y ya no sienten nada. Su hermano aquí también la criticó.

Le dijo que las novelas que venden son las de amor. Las que terminan bien.

Arantxa busca su bufanda aunque está la calefacción puesta pero la ha cogido Cleo, su gata. Después de jugar logra recuperarla. Cleo se sube al ordenador mirándola, como diciendo que ella es más fuerte. La acaricia y el animal mira distraído la nieve.

Ella deja de escribir de repente y se fija, por primera vez, en la dirección de la urbanización donde vive Bárbara, que se ha quedado al lado del ordenador.

Se levanta de la mesa y rebusca direcciones.

Después de media hora lo encuentra. La dirección de Alma, la agente literaria. Es la misma que la que le ha dado el marido de Bárbara.

Arantxa sonríe al ver los giros del destino.

Vuelve a sentarse para escribir y recuerda las palabras de Alma: “nunca serás escritora. Las palabras y tú no congeniáis”. Habían pasado cinco años desde entonces.

Cleo aprovecha una ventana medio abierta para salir a dar una vuelta.

Arantxa no se lo impide porque sabe que volverá a casa cuando sienta el frío en sus patitas.

CINCO

Laura observa el trájín de la mañana en su propia calle. No sabe de dónde han salido esas personas con sus maletas para marcharse. Más que marcharse, parece que huyan. Se supone que a Nueva York o donde quiera que vivan.

Chas la mira como diciéndole con su mirada que menos mal que se queda Max, pues sus posibles amiguitos se van.

A medida que va caminando ve a sus vecinos correr, llenar cajas, coger a sus mascotas y poner cara de que se acabaron las vacaciones de Navidad.

Una mujer desconocida de repente se acerca a ella. Lleva, sosteniéndola con las manos, una pecera con peces.

—¡Buenos días vecinal!

—¡Buenos días!

—Sé que no hemos tenido tiempo de conocernos. Les vi llegar ayer, pero estaba empaquetando. Han llegado cuando, los pocos que quedábamos, nos vamos.

—Eso parece ¿Y usted es...?

—Brenda.

—Encantada Brenda. Yo soy Laura. No le doy la mano pues está ocupada.

—Es que si no los llevo yo, mi familia los olvidará.

Un hombre y una niña desde el coche le hacen señas para que se dé prisa.

—¡Qué pesados son por Dios! ¿Tienen ustedes hijos?

—No. Sólo a Chas.

—No se crea, ha hecho bien. Voy al grano: quería advertirla de lo que sucedió en su casa antes de irme. No creo que vuelva hasta marzo. Detesto el frío.

—¿Qué pasó en nuestra casa?

—¿No se lo dijo la inmobiliaria? Me lo temía. Se ha vendido muy rápido.

—Cuénteme...

La simpática mujer deja la pecera en el suelo un momento y Chas la mira con curiosidad. Acto seguido, aunque el marido empieza a tocar el claxon ella hace caso omiso y le cuenta la historia.

—Esta urbanización está llena de personas relacionadas con el mundo de los libros. Agentes literarios, editores, traductores. Supongo que uno se lo dijo a otro y los que nos dedicamos a otras cosas somos minoría. ¿Usted a que se dedica querida?

—Soy veterinaria, al igual que mi marido.

—¡Ah, muy útil! Aquí todo el mundo tiene mascotas. Se forrará si lo hace saber. Todos volveremos en primavera.

—Está bien saberlo. Me decía...

—Ah, sí. Perdona.

Por el rabillo del ojo Laura ve que el marido de Brenda ha salido del coche a fumar mientras la niña juega con unas piedras.

—Verá. En su casa fue asesinada hace cinco años una editora. Era muy famosa: Megan Fix.

—Sí, se quién era. Pero nunca se mencionó el lugar donde la asesinaron.

—No interesaba. Esta urbanización es de personas muy poderosas que lo escondieron todo. Pero yo me he visto en la obligación...

—Y nunca se descubrió a quien lo hizo...

—No. Solamente hubo una pista. La palabra “Nefelibata”, dejaron ese nombre en un papel dentro de la boca del cadáver. Tampoco salió en las noticias. Mi sobrino es el policía de la región y me lo contó.

—Le estoy sumamente agradecida, Brenda.

—No sabía si decírselo la verdad. Mi marido me dijo que no lo hiciera, pero yo pienso que, después de las Torres, nos hemos de ayudar entre todos.

Laura agradeció la bondad de la mujer y le levantó la pecera para que no hiciera ningún esfuerzo. Se la dio y le deseó buen viaje, volviéndole a dar las gracias.

Brenda se despidió llevándose la pecera y su marido empezó a arrancar el coche.

Laura, de repente cogió a Chas en sus brazos y corrió para que Brenda abriera la ventanilla del coche.

—Perdonen, sé que tienen prisa. Brenda ¿Qué quiere decir nefelibata?

CASAS APAREADAS

—Persona soñadora.

Quien contesta es el marido de Brenda que le sonrío.

Arranca el coche y puede oír el eco de la voz de Brenda en tono de despedida.

—¡Nos veremos en primavera, querida!

Chas ladra y Laura ve en el asfalto, por un segundo, gotas de agua que han caído de la pecera.

SEIS

Arantxa llega a la entrada de las casitas apareadas. Después de una conversación telefónica con Bárbara las dos decidieron encontrarse aquí.

Un bar-restaurante en el que no hay casi nadie, pues es el último día de la temporada y cerrará, hasta que llegue la primavera y los vecinos de la urbanización regresen.

La joven, mientras espera, pide una cerveza. El camarero le enumera todas las marcas que tiene y ella, después de oírle atentamente le dice: “una cerveza”. El camarero se aleja de ella refunfuñando, pero se calma pensando que hoy es su último día.

En aquel momento llega Bárbara. Su melena es inconfundible, ya que la lleva como en la foto que Arantxa vio en Google.

Bárbara se deprime un poco al verla puesto que se da cuenta que es, incluso, más joven que ella por lo cual piensa que no sabrá demasiada cosa. Será un tiempo perdido pero tras saludar a la chica le pide a un camarero extraño y gruñón, que también le traiga una cerveza y patatas fritas. Le da dos besos cordiales a Arantxa para acto seguido sentarse frente a ella.

—Este camarero no tiene ningunas ganas de trabajar me temo.

—Todo el mundo se va en invierno y ya no vuelven hasta la primavera. Supongo, por lo que he visto en la puerta, cierran hoy. Nosotras le estorbamos para limpiar y recoger.

—Pues que se jodan.

—¡Brindo por eso!

—Siento hablar tan grosero pero es que estoy harta Bárbara.

—¿De qué?

—De ser amable con la gente y que te traten mal.

—Cierto. Eso está en la orden del día. Nuestro país antes era amable. Ahora es como si estuvieran todos amargados.

—La clave está en la economía. Estados Unidos antes era una de las primeras economías mundiales. Ahora hay mucha pobreza. Estamos eliminando a la clase media. Existen los ricos y los pobres.

—¿Y tú, dónde te sitúas Arantxa?

—En los pobres, por supuesto.

Arantxa ríe sarcásticamente y empieza a mojar en la cerveza las patatas que coge. Bárbara observa sus ojos verdes eliminando su primera impresión de que era inmadura. Se la ve una mujer inteligente. Pide su segunda cerveza y unos taquitos de tortilla española.

—¡Estupendo! Ya no comeré hoy.

—Espero que no tengas prisa. Me costó encontrar a alguien que quisiera hablar de este tema.

—No, no tengo prisa Bárbara. Cierto, ningún escritor quiere hablar de cómo le ha ido con “New Jersey” porque se avergüenzan.

—¿De qué?

—Si dicen que han vendido poco, se sienten como que no fueran buenos escritores.

—¡Eso es absurdo! Era imposible vender esos libros en digital si no existían. No los promocionaban en absoluto. Miré todos y no encontré ninguna excepción.

—A ver. Ahora te cuento lo que ocurre, pero primero Bárbara, cuéntame tu experiencia.

—Pues se explica rápido. Escribo un libro de misterio, relacionado con sectas religiosas, trata sobre una secta diabólica sólo de mujeres. Cuando la termino y la envío a editoriales todas me contestan la típica frase de que “no responde al perfil que buscamos”

—“En este momento no buscamos escritores noveles” ”lo sentimos aunque su escritura promete”...

—Ja, ja, ja... Arantxa... has recibido las mismas cartas.

—Por supuesto Bárbara. Son cartas tipo que envía la secretaria de turno sin abrir el envío, ni mirar nada.

—En fin, un día me contesta “New Jersey”.

—Y flipas igual que yo lo hice.

—¡Normal! Una de las mejores editoriales te dice que acepta tu libro, que le ha interesado y que, de momento, lo editarán en digital. Posteriormente, si todo va como prevén, la publicarán en papel. Todo ello te lo explica una chica hispana llamada Beatriz.

—¿Bea?

—Sí ¿la conoces?

—Fue la misma que me hizo el contrato a mí. Por tres años.

—Exacto. Viene de Washington. Se traslada, cuenta un rollo de

que tiene familia aquí y que aprovecha para venir a firmar el contrato. Yo pienso que sí que le interesa y debido a ello, incluso se traslada hasta aquí. No sólo eso, sino que el contrato habla de la posibilidad de ventas hasta un máximo de un millón de ejemplares. Yo alucino, mi marido no se lo cree, pero firmo. Pienso que no tengo nada que perder.

—Y una vez firmaste...

—Una vez firmé, ya no supe nada de Beatriz Scotth. Llegó el verano y se ponía al teléfono una mema llamada Fiorella. Yo le decía que porque no la promocionaban en ningún sitio. Un libro, si no se anuncia, desaparece entre la miríada que se encuentran en Google.

—¿Y ella que decía?

—Que ya la promocionaban. Pero era falso. Una vez terminó el contrato me hicieron otro que, posteriormente, constaté que era ilegal. No podían renovarlo sin preguntar nada. Y yo me pregunto ¿por qué quieren renovar el contrato? Si están ganando seis dólares al mes. ¿No sería más lógico dejarlo correr? ¡Decir que ha sido un fracaso y ya está! Pero lo que de verdad no entiendo es ¿por qué no lo promocionan? ¿Acaso no quieren vender?

Arantxa saborea la tortilla española y bebe tres tragos cogiendo impulso para contestar a Bárbara.

El camarero va limpiando todo y recogiendo sin hacerles ningún caso. Se nota que es el último día y el hecho de que ellas estén hablando fervorosamente, no le interesa en absoluto.

Como algunas luces se van apagando Arantxa baja su tono de voz influida por el ambiente más íntimo que da la luz tenue.

Los ojos azules de Bárbara brillan de impaciencia.

—Bueno, querida amiga, espero que este sea el comienzo de una hermosa amistad, como dirían en “Casablanca”.

—Eso espero.

—Bea Scotth también me llamó a mí hace unos años. Mi novela iba de unas chicas lesbianas que mantienen una relación. Una de las dos es infiel y a partir de aquí todo se desmorona. Se desenamorán y se acaba la historia.

—Triste.

—O real.

—¿Te pasó a ti?

—¿Por qué lo dices?

—¿No se dice que la primera novela es autobiográfica?

—¿Tú estuviste en una secta?

—Ja, ja, ja. Tienes razón. Sigue por favor, no quería interrumpirte.

—No, para nada. Cuanto más nos enrollemos, más nervioso ponemos al camarero.

Casi ya no queda ninguna iluminación en el bar, pero como han pedido más bebida el camarero no osa echarlas.

—Sigo. Vino a Nueva York desde Washington y me contó que tenía a sus padres viviendo aquí y así aprovechaba para verles. Me dijo que tenía dos niñas y que eso la cansaba. Que así desconectaba, pero a mí también me extrañó que hiciera un viaje exprofeso para algo que se podría haber hecho telemáticamente. Me hizo el mismo contrato que a ti y a los demás.

—¿A los demás?

—Conocí a muchos. Hace tiempo. Por eso descubrí el pastel de Bea con los escritores. Bueno, de “New Jersey” con los escritores. Bea sólo es un perrito faldero de ellos. Acata órdenes.

—Hablando de pastel ¿quieres postre? Invito yo, dado que te has trasladado hasta aquí.

—Pastel de moras sería genial. Gracias.

Cuando llaman al camarero éste viene esperanzado, pensando que, por fin, pedirán la cuenta. Al oír el pedido de la tarta se rinde. Hoy no terminará hasta la noche. Mala suerte que entraran esas dos chicas aquí. Deben ser muy amigas por la complicidad que transmiten. Por primera vez se fija en la belleza de ambas. Se dirige a la cocina pensando en eso mientras le pide al cocinero dos tartas de moras. Al volver y servir las regala un café obsequio de la casa. En el fondo se arrepiente de haber sido tan grosero. O quizás con la esperanza de poder ligar con alguna de ellas.

—Ya ves, Bárbara, tu sonrisa ha derretido al camarero y nos ha regalado hasta café.

—En Europa sería un premio. Aquí el café es gratis.

—No éste, mujer de poca fe. Pruébalo Bárbara. Es un café italiano con nata y canela.

Bárbara lo prueba y está delicioso. Las luces vuelven a encenderse en su totalidad y Arantxa sigue hablando.

—La estrategia es la siguiente. Usan a Bea, de cebo. Es amable, simpática. Nos habla de su familia, de su marido encantador. Se trasladada a tu casa para que pienses que tú eres especial. Que tu novela será un éxito. El contrato que te ofrecen es alucinante. Y entonces se va y te

olvida. No hay promoción ni nada. Sólo está en una lista de mil libros en un apartado que se llama “Samoa” para autores noveles en digital.

—Y entonces la gente se queja.

—Exacto Bárbara, Bea desaparece del escenario teatral e irrumpe Dafne, esa te intenta decir que sí, que tu obra está muy bien, pero que Bea es muy idealista y no se da cuenta de lo que hay en una editorial.

—Por lo cual tú crees que, aunque tu novela tiene futuro, algo lo está obstaculizando.

—Todos pensamos lo mismo. Y ahora viene la trampa de la araña.

—¿Cuál?

—¿Tú no preguntaste que podías hacer para vender más y que te lo editaran en papel?

—No, la verdad, soy psicoanalista y no pensaba en ganar dinero con los libros.

—Pero los demás sí. Incluida yo, por cierto.

—¿Sí?

—Si querida amiga. Un día por fin pude contactar con Bea cuando le supliqué a Dafne que cual sería la manera de pasar el libro en papel.

—¿Y qué te dijo Bea?

—Me dijo que era muy raro lo de mi libro. Que era como un cacahuete en la editorial.

—¡Joder, lo mismo que a mí! ¡No entendí lo del cacahuete!

—Ni ella. Todo este mundo está lleno de escritores frustrados que pasan a torturar a otros escritores. En fin, yo pensé que lo del cacahuete era que no había tenido suerte. Entonces Bea me ofreció la solución.

—¿Cuál era? ¿Qué propuesta te hizo?

Me hizo a mí y a todos con los que logré hablar y se sinceraron. A ti no, porque ni lo preguntaste. Ella cogió un avión, se presentó en mí casa de improviso. Me sonrió y me dijo que podría ayudarme con autoedición.

—¿Pagarlo tú?

—Exacto. Hay dos maneras. Tú lo publicas. O sea, pagas la autoedición, los gastos son a tu cuenta. Ellos se quedan un margen importante porque los distribuyen o dicen que los distribuyen. Casi nunca lo hacen y si lo hacen, es sólo por pocos días.

—¿La otra opción?

—Coedición. Tú pagas y ellos también. Eso es falso. Ellos nunca imprimirán los que te dicen que pagarán ellos.

—¿Y qué ganan ellos con toda esta historia? No lo entiendo.

—Tener unos libros en digital ahí muertos para que cuatro prin-gados, que somos nosotros, auto editemos. Nos cobrarán una pasta y así ellos no arriesgan nada. —Tampoco harán promoción pero tú los venderás a los amigos. Como ellos se llevan una comisión nunca pierden. Y si es coedición ellos no imprimirán una mierda tal como te he dicho.

—¡Pero que hijos de puta!

—No, querida. Son negocios. Ponen el anzuelo y los peces pican. Es como los agentes literarios. Muchos cobran por leer.

—Sí, eso me sorprendió.

—Pues muchos ni los leen Bárbara. Conocí a una agente literaria. Cobraba dando esperanzas y diciendo que la próxima novela sí. Que la próxima logrará editarla.

—Y tú vuelves a pagar porque la agente literaria confía en ti.

—Sí. Te dirá que le ha gustado un personaje concreto. Por ejemplo ¿cómo se llama la mala de tu novela?

—¿Cómo sabes que es una mujer?

—Las mujeres siempre son las malas. Anda, suelta.

—Milena. La mala de mi novela se llamaba así.

—Pues la agente literaria te diría: “Me ha encantado el personaje de Milena, que mala es”. A lo mejor ni se la ha leído, pero a ti ya te ha tocado la vena sensible y vuelves a pagar en la siguiente novela. Luego lo dejarás correr y siempre dirás que no valías lo suficiente. Manipulación psicológica.

—O sea, que es una partida en la que nunca se puede ganar.

—Sí, en Amazon. Pero ahí también hay reglas. Tú pones el libro en esa red. El tuyo no se vende pero hay un tío desconocido que habla de una anciana perdida que vende un mogollón y tú dices ¿qué pasa? ¿Por qué el?

—Sí. Cierto. Me lo pregunto siempre.

—Esto querida, no lo contestaré si no es en presencia de mi abogado... Ja, ja, ja.

El camarero trae la cuenta y una mujer entra sigilosamente en el bar-restaurant. El mozo, le indica que van a cerrar. La dama le dice que sólo va a saludar a una vieja amiga.

—Hola Arantxa, cuanto tiempo sin vernos. No sabía que conocías a Bárbara.

Arantxa se da la vuelta y ve a Alma. Bárbara se sorprende y no sabe qué hacer.

—Ni yo sabía que vivías aquí Alma.

—El mundo es pequeño. Hola Bárbara.

—Buenas noches Alma. Nosotras ya nos íbamos.

—Yo también. Veo que cierran definitivamente. Os acompaño a la salida.

—No hemos terminado Alma. Encantada de haberte visto — Arantxa la corta con agresividad.

—Pues me despido. Bárbara, un placer volverte a ver —Alma ni mira a Arantxa, no se atreve al ver lo cabreada que está.

—Igualmente Alma —responde Bárbara intentando aliviar la tensión.

Alma se dirige a la puerta de salida y las dos mujeres al salir después, la observan cómo se aleja.

Arantxa mira la puerta y escupe al suelo con odio.

Bárbara llega a la conclusión de que no quiere a esa mujer de enemiga.

—Me gustaría que volviéramos a vernos —sugiere Arantxa.

—A mí también me apetece. Ha sido un placer enorme hablar contigo esta noche. ¿Quieres venir a mi casa y conocer a mi marido?

—No puedo, lo siento. Mi gatita Cloe tiene unos horarios para comer y me olvidé de llenarle el pote. Soy muy despistada.

—Entiendo. Yo tengo un perrito. De todos modos hago una cena el miércoles. ¿Quieres venir?

—¿Quién más va?

—Alma, que como ya he visto la conoces. Vendrá junto a su marido. Laura y Claude, unos vecinos nuevos. Y tú, si quieres. Puedes traer un acompañante.

Se despiden del camarero y éste, ceremoniosamente, les abre la puerta mientras les ayuda a ponerse los abrigos.

El aire frío de la noche las invade. Las dos mujeres antes de despedirse ven la silueta de Alma a lo lejos subiendo la cuesta, sin ninguna dificultad.

SIETE

Bárbara está poniendo la mesa pensando que quizás es un error hacer esa cena.

Marc está nervioso y aunque la ayuda, todo lo pone al revés.

—¿Te ocurre algo Marc?

—No ¿Por qué?

—No sabes dónde va la cuchara, se te caen los vasos...

—Mira quien fue a hablar. Aún no sé porque hacemos esta cena.

—¿Para lamerle el culo a Glenn a ver si logramos que nos publique la novela en papel?

—Eso es lo que no entiendo. Te ganas bien la vida, no te importa hacerte famosa. ¿Por qué esta ansia desmedida, por ver tu obra en papel?

—Por lo mismo que tu querías doblar esa película remasterizada de Clint Eastwood.

—Entiendo. Son nuestros sueños. No tiene que ver con lo material.

—Exacto.

Marc pone los canapés en cada platito y le da brillo a las copas de vino.

—¿Sabes Marc? Creo que Arantxa te caerá bien. Odia a Alma creo, pero dejando eso aparte, es un encanto.

—Tú también la odias así que ya tenéis algo en común.

—Pero yo la odio porque me ha cobrado como agente literaria y no ha logrado editarme. ¡Y siendo Glenn editor!

—Ella te advirtió, en eso fue sincera. Glenn y ella trabajan independientemente.

—Sí, lo dijo ¿pero tú lo crees?

—No sé Bárbara. Mi mundo del doblaje es tan complicado como el de la escritura pero quiero hablarte de una cosa que no tiene nada que ver con la cena. Siéntate...

—¿Tan grave es que tengo que sentarme? Están a punto de llegar. Tenemos diez minutos.

—Los suficientes, así que iré al grano. Prométeme no enfadarte.

—¿Por qué tendría que enfadarme?

Bárbara se sienta en la mesa mirando las servilletas y Marc va a la nevera para poner dos copas frescas de vino blanco puesto que piensa que ayudará en la conversación. Se sienta y le da una copa a ella, que la deja en la mesa expectante de lo que vaya decirle él, que bebe su copa de golpe.

—A ver Bárbara. Esta cena es para los nuevos vecinos ¿no?

—Bueno, eso es una excusa para “confraternizar” más con Alma y Glenn.

—Vale, pues de eso va lo que quiero decirte. De vecinos.

Max que ya ha acabado de comer ladra reclamando agua. Bárbara va deprisa hacia la cocina y se la pone. Marc la sigue y le lleva la copa a la cocina. Mira la hora que es, sólo faltan cinco minutos para que lleguen todos.

—Tuve una historia con la vecina antes de conocerte —Marc pone el tono del hombre del tiempo, como si no tuviera importancia lo que le había dicho en confidencia a su esposa.

Bárbara, ahora sí, coge la copa de vino blanco y mira, de pie sin mover un músculo, fijamente a Marc.

—¿Qué vecina?

—La nueva. Laura, la esposa de Claude. Los que se acaban de mudar. Cuando la conocí no estaba casada.

—¿Y me lo dices ahora?

—No sabía cómo enfocar lo.

—¿Enfocar qué? ¡Esto no es una puta fotografía! ¡Ni la “peli” de Truffaut!

—¡Cálmate! ¡Déjame que te explique!

Suena el timbre y Max se pone a chillar oliendo a Chas, su nuevo amigo. Marc se dirige a abrir ya que Bárbara se ha quedado allí, en la cocina sin moverse.

Laura y Claude entran en la casa, tras abrirles Marc. Éste coge una botella que han traído, con la excusa de ponerla en la nevera y aprovecha para decirle a Bárbara que ya hablarán después. Ella le mira con odio, aunque sin pronunciar palabra.

Acto seguido Bárbara sale de la cocina y, después de saludarles de manera encantadora y sonreír, les invita a ver la casa, mientras los dos perritos corretean por la casa.

Suena el timbre otra vez y Marc abre a Alma y Glenn. Afuera está nevando copiosamente. Él les ayuda a sacarse los abrigos y de repente, suena el teléfono.

—¡Bárbara coge el teléfono desde arriba! Es el fijo —Marc oye a su mujer contestar.

Alma le ofrece una tarta de manzana casera.

—¡Muchísimas gracias Alma! —Marc lleva la tarta a la nevera y oye la voz de Alma desde el comedor.

—¡Dale las gracias a Glenn, él ha hecho la tarta! A mí se me dan muy mal los postres.

—Gracias. Glenn, eres de los míos.

Marc vuelve al comedor mientras Laura y Claude ya han bajado tras ver la casa. Bárbara está muy amable con todos pero las miradas que le va echando no le engañan. Marc intenta hacer ver que no se da cuenta de cómo está su mujer y le pregunta con la voz más neutra posible.

—¿Quién ha llamado?

—Arantxa. Dice que debido a la nieve le es imposible llegar a la cena. Que la disculpe —Bárbara contesta sin mirarle.

—Tal como está todo, mejor —cuchichea Marc

Glenn se sienta en un cómodo sillón observando como Max y Chas caen rendidos en la cama del primero.

Alma observa las fotografías en blanco y negro del puente de Brooklyn que hay en el comedor.

Laura se da cuenta por la tensión latente, de que Bárbara se ha enterado que su marido y ella tuvieron una relación.

Claude habla distraídamente con Bárbara preguntándole quien era Arantxa.

—Una escritora. La conocí el otro día y pensé que animaría la fiesta.

—No te preocupes, ya somos muchos. Escritores, dobladores y creo que tú eres psicoanalista.

—Sí Claude. Ya tienes toda mi ficha ¿Y vosotros a que os dedicáis?

—Tanto Laura como yo, somos veterinarios.

—Eso será práctico si a cualquiera de estos dos les pasa algo —Bárbara mira con risa socarrona a los dos perritos que roncan.

Alma, de repente deja de mirar fotos, cuando en su móvil suena música de Rossini e inmediatamente observa la pantalla. Parece que lee un mensaje, se tambalea y su rostro lívido empieza a temblar. Bárbara se acerca a ella.

—¿Ocurre algo Alma? —Bárbara se acerca preocupada y Glenn, su marido se levanta en seguida del sillón al ver a Alma temblando.

—Ss...í... Perdón, me traéis una silla. Creo que me he mareado.

Laura y Claude ayudan a traer dos sillas y Marc le trae un poco de vino. Alma se lo toma, pero no recupera el color.

El marido de Alma le toca el hombro y por fin Alma se tranquiliza y responde a la pregunta de Bárbara.

—Perdonadme. Ha muerto una amiga. Esta tarde. Me acaban de enviar la noticia a mi móvil.

—¿Quién...? ¿Qué ha ocurrido, querida...? —ahora es Glenn quien pregunta tremendamente inquieto.

—Beatriz Scoth. La editora de Samoa. Ha sido asesinada.

En aquel momento todos se quedan sin aliento. El silencio es total sino fuera por los ronquidos de las mascotas.

OCHO

Llegan a la tarta después de una cena endiabladamente extraña. Laura y Marc ni se miran a la cara. Bárbara hablando de su último libro con Glenn. Alma, bebiendo pensativa sin escuchar ni hablar con nadie.

A las dos horas todo el mundo desea marcharse pero entonces Bárbara, que quiere aprovechar la reunión, trae el postre.

—¡Qué delicia Glenn, me has de dar la receta! —Laura prueba un gran trozo.

—Es muy fácil Laura. Cuando llegue a casa te lo envío. Por cierto ¿qué tal os sentís en el barrio?

—Pues la verdad Glenn no muy cómodos. Primero mi mujer se entera por una vecina de que habían matado a una vecina hace poco. Ahora tu esposa comenta que a su amiga también la han asesinado. No me gusta nada todo esto —después de sincerarse Claude se sirve una copa. Los demás le miran mientras su mujer toma la palabra y se dirige a Glenn.

—Verás, lo que intenta decir mi marido es que nos fuimos de Nueva York porque era inseguro y esto, por lo que vemos, no es mucho mejor.

—La seguridad querida Laura sólo la puedes encontrar en la película “El Bosque”, en ella las personas se han ido de la ciudad y se han metido en un parque forestal inmenso a vivir. No tienen luz, ni agua ni nada. Viven tranquilos sin explicarles a sus hijos que fuera hay un mundo cruel —Alma por fin habla con una neblina en los ojos que parece asemejarse a la tristeza, aunque su frialdad despista.

—Tampoco creo necesario irse a vivir alejado de todo. No es la solución. Esa película la encontré exagerada —Bárbara, responde esto porqué en el fondo está cabreada, ya que Glenn no muestra interés por su novela.

—Alma. Yo no digo que tengamos que separarnos de todo y de todos pero no me negarás que Claude tiene razón. Compramos la casa,

nadie nos ha dicho nada. Ahora cenamos con vosotros y nos contáis que hay otro asesinato. Normal que estemos nerviosos —Laura ha seguido la conversación sin hablar ni mirar a Bárbara. Como si antes no hubiera intervenido en la conversación.

—Nosotros también vinimos aquí a buscar tranquilidad. A nuestro hijo lo mató un heroinómano hace siete años en Nueva York —Alma deja la confesión en la mesa como un despojo. Glenn deja de comer.

—¡Lo siento muchísimo Alma, Glenn! Nosotros hablando de tranquilidad sin saber lo que habías vivido.

—No tenéis porque saberlo. Lleváis muy pocos días en este sitio. Lo que si he aprendido y Alma, mi mujer tiene razón, es que no importa adonde vayas. Siempre hay asesinos, personas mezquinas y chupópteros. Nada cambia. En cualquier continente encontraréis lo mismo —Glenn parece ya más sereno.

—Bueno chicos, yo soy doblador y una película con este diálogo sería muy deprimente —Marc intenta que cuando llegue el café todos estén más animados.

—Tienes razón. Anda, creo que lo sucedido nos ha puesto a todos en una situación embarazosa —Bárbara sonríe.

—No sé porque Bárbara. Aquí la única que ha perdido a una amiga soy yo —Alma le habla por primera vez de manera seca e impertinente. Ella no contesta.

De repente suena el timbre. Nadie se mueve excepto los perros que se despiertan y chillan a la puerta pero sin moverse.

Vuelve a sonar la puerta insistentemente y Marc, viendo que Bárbara ni se inmuta, acude a abrir.

Una chica llena de nieve en su cabello le sonríe graciosamente.

—¡Hola! ¿Puedo pasar? Tú debes ser el marido de Bárbara. Soy Arantxa.

Bárbara salta de la mesa automáticamente y se dirige a recibirla. Los perritos hacen lo mismo. Ella deja el abrigo en el recibidor y entre todos le hacen un sitio en la mesa.

—Pensaba que no llegaría con esta nieve, pero al final las máquinas han podido transitar y nos han desbloqueado el camino.

—Por lo menos comerás tarta. Hago las presentaciones Arantxa. A mi marido lo acabas de conocer. Ella es Laura, él es Claude. Han venido a vivir aquí en busca de tranquilidad. Y creo que a Glenn y Alma ya los conoces —Bárbara vengativa, sabe que esto aún pondrá a Alma peor.

Laura y Claude saludan a la chica. Alma y Glenn le dicen que ha pasado mucho tiempo desde que la vieron por última vez.

—Sí Alma, creo que la última vez me dijiste que no valía como escritora y tu Glenn que no publicarías mi libro en papel ni que te pagara dinero.

—No recuerdo haber dicho esto Arantxa —Glenn enciende su pipa sin pedir permiso a nadie ya que está harto de la reunión.

—¿Tú tampoco recuerdas nada, Alma?

—La verdad es que no. Tendrás que disculparnos. Los escritores os pensáis que sólo existís vosotros y vuestro reconocimiento. Mientras, la vida gira y sigue.

—Tienes razón Alma. Hoy han asesinado a Beatriz Scoth, de lo cual me alegro.

—A lo mejor por eso has llegado tarde. La han matado durante estas horas. Por cierto ¿cómo te has enterado Arantxa?

—Me follo a un policía.

—Ah, mira, ventajas. Pero puedes haberla matado igualmente. Si nos disculpáis, Bárbara, Marc, la comida ha sido deliciosa pero no tenemos porqué aguantar todo esto.

Glenn asiente dándole la razón a su mujer y le trae el abrigo posteriormente.

Bárbara le da un poco de tarta a los perritos e intenta darle el trozo restante a Glenn.

—No Bárbara quédatelo.

—¡Nosotros también nos vamos, ha estado todo delicioso, muchísimas gracias! —Laura y Claude, incómodos, también cogen los abrigos y le ponen la correa a Chas.

—Lamento que no haya ido demasiado bien la cena Laura —Bárbara se disculpa ante Laura y Claude.

—No, de verdad, ha estado todo estupendo —contesta fríamente Claude.

Laura, Claude, Alma, Glenn y Chas vuelven a sus casas con los copos de nieve cubriéndolos por entero.

Bárbara cierra la puerta, se acerca a Max y le pone una mantita en su cama. Marc le pone una copa a Arantxa. Los tres se sientan en la mesa, ahora ya vacía de comida, sólo con el alcohol que ellos toman.

—¿Quieres quedarte a dormir Arantxa?

—¿Por qué no?

NUEVE

Marc sale a pasear a Max e intenta relajarse después de una cena tan absurda. A medida que el perrito va corriendo y olisqueando, él recuerda el año en que conoció a Laura.

Empezaba en el mundo de doblaje y le habían propuesto doblar una película española en Cadaqués. Un bello pueblecito blanco con casitas, formando maravillosas calas tranquilas.

Una tarde en la que le dieron el día libre, intentó coger el coche e ir a ver el museo Dalí. Se perdió, ya que los anuncios estaban en catalán y aunque el español le era muy fácil, el catalán le era imposible.

Vio a una bella mujer con vestido playero y le preguntó en un mal catalán. Ella le respondió en inglés, dándose cuenta de su acento.

Cuando se acercó a su coche atisbó ya más claramente la belleza de ella. Decidieron ir juntos al museo. Posteriormente a Port Lligat, Colliure, Llafranc. Fueron treinta días de agosto llenos de mar dulce aunque la sal cubría los pensamientos de Marc.

No tenía claro nada. Laura se contradecía constantemente. Por un lado le decía que le amaba, pero por otro desaparecía durante días sin decirle nada. Él por primera vez se había enamorado en serio. Aunque ella estaba claro que no. Un domingo desapareció para siempre. Su tienda de ropa hippie fue cerrada al igual que la casa de Cadaqués. Nadie la conocía ni la había visto nunca.

Estuvo un año buscándola por todos lados. Y la veía en cualquier parte. Metros, autobuses, calles, museos. Nunca la encontró.

Y entonces, un día, conoció a Bárbara. Se quitó de la memoria y de la piel a Laura e inició una nueva vida.

En aquel instante, distraído y sumido en sus pensamientos, no se da cuenta y el perrito se suelta de la correa. Sale corriendo como un loco... Marc, empieza a perseguirle sin éxito. Max desaparece en la penumbra.

Las calles por la noche, vacías y oscuras, le están poniendo nervioso.

Bajo las farolas va llamándole desesperado, intentando tranquilizarse con el pensamiento coherente de que no pasan coches, pues no hay nadie.

Por fin, después de correr y chillar buscando a Max, lo encuentra. Él está tan tranquilo cuando le ve.

Laura, está paseando a Chas, por eso su perrito salió corriendo. Marc se acerca y riñe a Max, aunque éste no le hace ni caso. Le pone la correa y Laura rompe en carcajadas.

—¿Qué es tan divertido Laura? —El tono de Marc es de cabreo.

—Nada. Tu cara.

—Estaba asustado, pensaba que lo había perdido.

—Pues ya lo has encontrado... tal vez has encontrado algo más...

—¡Vete a la mierda! Desapareciste hace mil años ¿qué mierdas quieres ahora?

—¿Yo? Vamos a ver, dejemos claro algo. No te persigo. Hemos venido a vivir aquí porque quería tranquilidad, no sabía que vivías aquí.

—Ni yo sabía que eras veterinaria. Me dijiste que eras detective.

—Y no te mentí. Claude y yo somos detectives pero pensamos que era mejor no decir nada.

—No sois muy buenos detectives sino sabíais que habían matado a alguien en estas casitas tranquilas.

—Cierto.

—Perdona. Quizás me he pasado. Tú no tienes la culpa de nada de lo que ocurrió. Me enamoré y tú no. Por eso debiste desaparecer.

—Para nada. Yo también estaba loca por ti. Ese verano en Cataluña fue el mejor de mi vida.

—Entonces ¿qué ocurrió Laura? Te busqué por todas partes.

—Desaparecí. Pero no por ti. Fui a vivir a Australia durante un tiempo.

—¿Sino desapareciste por mí, por quién?

—Por Paolo, mi marido en aquel momento. Un italiano celoso que me hacía la vida imposible.

—No me dijiste que estabas casada.

—¿Qué querías que te dijera? Un italiano celoso me busca y me acosa...

—Sí, yo te habría ayudado.

—Nadie podía ayudarme. Era un psicópata.

—¿Era?

—Murió de un cáncer de páncreas.

—¿Por qué no me buscaste entonces?

—Conocí a Claude. En una terapia de grupo de personas maltratadas. Me entendió y yo a él.

—Comprendo. Lo siento. Quizás me obsesioné contigo.

—No, Marc. Yo lo siento... ¿sabes? Te he seguido. Todas las películas que doblabas en español e inglés. Iba al cine y pensaba que estaba contigo.

—Pues yo me recorrí todas las tiendas de Nueva York de ropa hippie enseñando tu foto.

—Algo inútil con mí cambio de look.

—Pues sí, estás desconocida pero igual de bella. Tu voz es inolvidable.

—Gracias. Aunque por la mía no me pagan... Ja, ja, ja.

Marc en aquel momento, no sabe si por su sonrisa o por los perritos que no paran de jugar, la aparta hacia una calle estrecha. Ata a los dos perritos a una farola y apartándose de la luz empieza a acariciar el cuerpo de Laura.

Marc le levanta la falda y la apoya en una pared delicadamente. Su miembro erecto debajo de los pantalones, surge para penetrarla como si estuvieran en la playa de Cadaqués. No hay mar ni sal, pero sí una noche estrellada, testigo de que la echaba de menos.

DIEZ

U nas calles más arriba, Bárbara arregla la habitación de invitados mientras Arantxa la ayuda a poner sábanas y mantas.

—Ha estado genial Arantxa. El decir que no venías y luego aparecer, para sorprender a Alma.

—Y mira si la hemos sorprendido Bárbara. Nuestra amistad ya la ha dejado hecha polvo.

—Lo que no sabía es que se les murió un hijo.

—Sí. Aunque hay algo que ha obviado Alma en la explicación de su muerte. En su cadáver encontraron una palabra.

—¿Cómo, una palabra?

Arantxa coge la toalla que le tiende su nueva amiga y busca su cepillo de dientes en el bolso.

—A ver si te enteras Bárbara. Están muriendo personas relacionadas con el mundo editorial. En estas casas vivía hace un tiempo Megan Fix, la famosa editora. En su cadáver encontraron una nota: “Nefelibata”.

—Que significa soñadora.

—¡Sí señora! ¿Cómo lo sabes?

—Me gusta Rubén Darío. Pero sigue, Arantxa.

—Lo que te decía antes: murió el hijo de Alma y Glenn, con otra palabra sobre su cadáver: “Palíndromo”.

—Palíndromo, me suena de algo que me comentaste el otro día ¿Ese no es el título de tu última novela?

—Sí ¿qué pasa? Se me ocurrió que era un buen título. Es una frase que se lee tanto al derecho como al revés.

—¿Y no eso ves morboso para Alma?

—No. Ellos jugaron con nosotras y lo siguen haciendo. Así que ahora nos toca jugar fuerte. La venganza se sirve en plato frío, cielo.

—A ver, Arantxa, estoy enfadada pero no tanto como para hacerles eso.

—¿Quieres llegar a ser escritora, Bárbara? Juega fuerte. Cuando termine la novela, que estoy a punto, se la enviaré a Glenn.

—Los matarás...

—Ya están muertos. Por cierto, estoy deseosa de saber que palabra pondrá en el periódico mañana cuando nos cuenten el asesinato de Bea.

—Estás dando por sentado que es el mismo asesino. ¿Pero no fue un heroinómano quien mató al hijo de Alma...?

—No lo creo, tiene pinta de ser el mismo. El asesino de las palabras como ya le llaman. Parece la venganza de los escritores. Primero: destruir a grandes editoriales junto con las personas más influyentes.

—¿Y la segunda?

—Que todos estemos en Amazon. Desde el escritor novel hasta el encumbrado.

—Pero eso es imposible, tienes mucha imaginación. Además aunque se publicara sólo en Amazon, siempre habría más publicidad para los grandes.

—Depende.

—¿De qué?

Arantxa hace una mirada inocente y le pregunta si tiene pasta de dientes. Bárbara le pregunta si por la mañana toma café o té.

La puerta de abajo se abre y oyen entrar a Marc. Max corre escaleras arriba y saluda moviendo su cola a las dos mujeres. Arantxa lo coge en brazos.

—Es una monada.

Max por toda respuesta le lame el rostro pues se da cuenta de que tiene una nueva amiga.

Se oyen las pisadas de Marc.

—Sí que has tardado —Bárbara habla en tono de reproche.

—Max estaba muy nervioso. Hemos salido de las casitas al parque que hay delante de la estación de tren.

—No me gusta que vayas tan lejos.

—Vale, vale tranquila. ¿Estás cómoda Arantxa? ¿Te ha gustado la cena? —Marc intenta desviar el tema importante.

—Os agradezco vuestra hospitalidad. Mañana a primera hora he de irme por mi gata Cloe.

—Por supuesto. Otro día te la traes, a Max le encantan los gatos. Y ahora discúlpanos, mi marido y yo hemos de hablar. No te preocupes si oyes chillar.

Marc se encoge de hombros como si lo hubieran pillado en bragas y Arantxa sonríe deseándoles felices sueños.

Max primero se muestra dubitativo, pero después se va corriendo detrás de Bárbara y Marc.

Un rato después, ellos están discutiendo a gritos.

—¿Por qué no me dijiste que habías tenido un rollo con la vecina nueva?

—Porque ni sabía que era ella. Han pasado muchos años.

—Pero ¿qué sucedió?

—Nada, te lo he dicho mil veces. Fue un rollo de una noche.

—¿No te enamoraste?

—No, te lo he dicho. Y son ya las siete de la mañana.

—Perdona, tienes razón. Es que ella es tan bonita...

Marc tira a su mujer a la cama y le hace el amor. Aparte de que también la desea, eso hará eliminar todas las dudas respecto a Laura.

Mientras le hace el amor, piensa que quiere a Bárbara y nunca se repetirá lo sucedido esa noche.

Aunque ellos no se enteran en aquel momento, un chico que va con bici les deja el periódico a todos.

En la portada sale el asesinato de Beatriz Scoth. En primera plana, en letras negras “El asesino de las palabras”. En este último cadáver la palabra es “Sicofante”.